

Evolución del paisaje urbano de Lima*

Juan Günther Doering

Doctor José Agustín de la Puente Candamo, presidente de esta honorable Academia Nacional de la Historia, señores miembros de la mesa, directivos de la misma, señores integrantes de la Academia Peruana de Arquitectura, señores directivos y docentes de la Universidad de San Martín de Porres, Señoras y Señores, tengo el alto honor de incorporarme hoy como miembro de número a esta centenaria academia, en reemplazo del ilustre artista Juan Manuel Ugarte Eléspuru.

A Juan Manuel lo conocí en 1948 cuando era el profesor y aún no director de la Escuela de Bellas Artes, hace ya casi 60 años. Nuestros encuentros, a pesar de esporádicos, siempre fueron muy cordiales porque coincidíamos siempre en un solo tema: la historia de Lima. A partir de la creación del Patronato de Lima por parte de Eduardo Arrarte en 1989, y al que pertenecía como miembro honorario, estos encuentros se volvieron cotidianos, porque además nos habíamos convertido en vecinos. Nuestras oficinas, este palacio de Osambela y las del Patronato comparten, frente a frente, esta misma cuadra del tradicional jirón Lima o Conde de Superunda. La antigua amistad se estrechó al extremo que me solicitó, en compañía del Dr. Guillermo Lohmann Luca de Tena, hijo del distinguido miembro desaparecido de esta Academia, tratar de esbozar una fundación con el fin de que los valiosos bienes artísticos no se dispersen.

Como es norma de esta Academia decir algunas palabras de elogio sobre mi antecesor, me he permitido citar los reconocimientos que Ugarte Eléspuru recibió nacional e internacionalmente por su fecunda labor, que valen más de lo que yo pueda decir.

* Discurso de incorporación leído el 23 de mayo del 2006.

Aparte de los múltiples premios por su labor artística y docente se le concedió el Premio Nacional de Pintura en 1947, la medalla de oro de la Municipalidad de Lima en 1953, el Diploma de Honor del Ministerio de Educación en 1966, la Orden de Isabel la Católica de España en 1961, las Palmas Magisteriales del Perú en 1962, la Orden del Mérito de Chile en 1963, la Medalla de la Cultura Italiana en 1964, la Orden Cruzeiro do Sul del Brasil ese mismo año, la Orden del Mérito de Italia en 1966, la Gran Cruz de la Orden del Sol del Perú en 1981 y el Grado de Amauta en 1984.

Además deseo, si la presidencia me lo permite, dedicar esta charla a dos distinguidos miembros desaparecidos de esta Academia: el arquitecto Carlos Williams, entrañable colega, quien fue guía de muchas generaciones de arquitectos y urbanistas; y don Guillermo Lohmann Villena, con quien tuve el singular privilegio de elaborar una Historia de Lima "al alimón", como él siempre me recordaba.

Como profesional de la arquitectura mis investigaciones históricas se han desarrollado siempre alrededor de la problemática urbana de las ciudades y en especial sobre la singular historia de Lima. Por lo que en esta oportunidad trataré sobre la evolución del paisaje urbano de nuestra ciudad, debido a la poca difusión del tema a pesar de su increíble originalidad.

Toda ciudad nace, crece y se desarrolla en un medio geográfico y paisajístico particular, que es agente determinante para su morfogénesis y desarrollo urbano. Las variaciones climáticas y la intervención del hombre son otros factores que a la postre terminarán por modelar esa ciudad. De alguna manera, representan la simbiosis entre un continente y su contenido. La historia urbana de Lima, nuestra ciudad capital, tampoco ha escapado a la tremenda influencia de su espectacular entorno. Basta citar cómo se trazó hace más de 500 años el Camino de los Incas - que aún subsiste- realizado por nuestros antepasados en tramos que sorteaban los cerros. Así, entre Pachacámac y Ancón ese trazo sigue siendo las avenidas Pachacútec en el Cono Sur, Marsano, Panamá, Paseo de la República, dos cuadras del jirón Rufino Torrico en el Centro Histórico, la avenida Túpac Amaru, el antiguo camino a Ancón, en el Cono Norte, y la carretera Panamericana, a partir de Puente de Piedra. Como vemos, la presencia física de algunos componentes de nuestro paisaje fueron determinantes para realizar su trazo. Es pues importante que todo análisis de una realidad urbana deba empezar por investigar la historia geológica de la formación de su continente, así como el quehacer humano posterior para adaptarse a él y remodelarlo para su mejor aprovechamiento.

De allí nacen dos historias sucesivas que trataré de resumir esta noche. Por un lado el origen de la estructura geográfica de nuestro entorno, es decir, la remota evolución del paisaje físico que nos rodea y, por otro, la de la intervención de los primeros limeños y sus descendientes para beneficiarse económicamente de él.

La primera parte de esta narración se apoya en artículos publicados por José J. Bravo, padre de nuestro inolvidable amigo Jorge Bravo Bresani, en revistas científicas entre 1903 y 1919. En las obras del geólogo peruano Carlos I. Lissón, en especial su "Contribución a la Geología de Lima y sus Alrededores" publicada en Lima en 1907, la "Geología del Perú" del científico alemán Gustav Steinmann impresa en 1930 en Heidelberg, "Les Andes Centrales du Pérou et leurs Piémonts" del francés Olivier Dollfus, publicada por el Instituto Francés de Estudios Andinos en 1965. Y, finalmente, en el estudio de los tratadistas de la tectónica de placas empezando con Alfred Wegener, quien publicó en 1911 su controversial obra "Génesis de los Continentes y de los Océanos", así como las publicaciones de los científicos que aceptaron sus teorías -luego de criticarlas durante 57 años-, tales como "Confirmación de la Deriva Continental" de Patrick M. Hurley en 1968, "La Expansión del Suelo Oceánico" de J. R. Heirtzler al año siguiente, "El Origen de los Océanos" de Sir Edward Bullard en 1970, "Deriva Continental y Evolución" de Bjorn Kurten ese mismo año, "La Disgregación de la Pangéa" y "Geosinclinales, montañas y formación de Continentes" de Robert S. Dietz en 1972, la "Tectónica de Placas" de John F. Dewey y, por último, "La Evolución de los Andes" publicada por David E. James en 1975. Obra esta última que más se acerca a nuestros propósitos. A partir de esa fecha -hace apenas 30 años- la tectónica de placas es la base para todo estudio relativo a la evolución de nuestros mares, continentes e inclusive de los seres vivientes.

Para empezar debemos conocer los componentes físicos que configuran el espacio en el que se desarrolla la civilización limense. En primer lugar tenemos a dos colosos omnipresentes: el Océano Pacífico y la Cordillera de los Andes, frente a frente. En orden de importancia les siguen los ríos Chillón, Rímac y Lurín, que son los verdaderos forjadores de los valles y quebradas que hoy estamos sobrepoblando. En seguida los conos de deyección de dichos ríos que han inundado las estribaciones de la Cordillera Occidental y que forman la epidermis sobre la cual se construye esta ciudad. Luego las islas San Lorenzo, Frontón, Palomino y Piedra Horadada, además del Morro Solar, que en conjunto forman una cadena montañosa en parte subacuática. Y, por último, los que llamaremos "accidentes naturales", como son los acantilados costeros -que llamamos barrancos- y La Punta, así como aquellos creados por la actividad de los hombres que denominaremos para su comprensión "Bajadas a la Costa Verde". Resumiendo, los ocho componentes visibles son el Pacífico, los Andes, los tres ríos tutelares, sus conos de deyección, las islas, el Morro Solar, La Punta y el barranco con sus "bajadas", en especial las de Chorrillos, Barranco, Armendáriz y Miraflores (Balta).

Pero hay tres elementos que no vemos, aunque están a pocos kilómetros frente a nosotros, y que tienen una importancia fundamental para la forja de nuestro entorno. Estos son la Placa de Nasca y la Fosa Peruano-Chilena, responsables de la tectónica de placas que en estos precisos momentos está levantando centésimas de

milímetros el suelo que pisamos, mientras nos transporta hacia el Oeste a una velocidad de varios centímetros al año. A ellas hay que agregar la Corriente Peruana o de Humboldt que con su fuerza erosiva sigue modelando nuestro paisaje costero. Estos ahora once componentes, han interactuado y seguirán interactuando entre sí remodelando el espacio en el que nuestra ciudad se está desarrollando.

Conocidos los actores, tratemos de imaginar cómo fue el drama geológico que creó nuestro singular entorno. Pero antes debemos comprender las raíces de su dinámica. Por ejemplo, que la litosfera o corteza terrestre de nuestro planeta no es uniforme, sino que está fragmentada en placas de distintas dimensiones, distribuidas alrededor del globo terráqueo aparentemente al azar. Luego, que estas placas no están quietas y que están en permanente movimiento, ya sea separándose unas de otras o chocando entre ellas. Esto sucede porque el magma, que rodea al núcleo del planeta, está en permanente movimiento desde adentro para afuera en forma circular, arrastrando sus respectivas placas tectónicas y continentes que no son sino sus costras superficiales, enfriadas al contacto con el mar o la atmósfera. Y, por último, debemos comprender que vivimos en el borde de una de estas placas, llamada placa Sudamericana, que nace en un afloramiento del magma en medio del Océano Atlántico y que repta sobre la placa de Nasca que a su vez tiene un origen semejante, en el centro del Pacífico. Estas dos enormes parcelas terrestres se enfrentan muy cerca de nuestras playas donde el fondo marino, más pesado por estar más cerca al núcleo de la tierra, se sumerge debajo de la más liviana placa Sudamérica. La fricción de estos colosos en continuo movimiento, además de provocar nuestros temblores y terremotos, presiona hacia arriba creando la Cordillera de los Andes, a la vez que empuja hacia abajo a la placa de Nasca produciendo la hendidura que llamamos Fosa Peruano-Chilena.

Desde el inicio los continentes han tenido la extraña costumbre de reunirse periódicamente en supercontinentes para luego separarse nuevamente unos de otros. Los especialistas aseguran que este fenómeno se ha producido en seis oportunidades, desde que nuestro planeta existe. La última de estas fusiones se produjo hace unos 300 millones de años cuando los continentes-antiores a los actuales se unieron para formar la "Pangéa". Es decir Pan=toda y Gea=tierra, "Toda la Tierra". 50 millones de años después esta Pangéa se dividió en dos: hacia el Norte una porción llamada "Laurasia" que comprendía a Norteamérica, Groenlandia, Europa y Asia, y hacia el Sur "Gondwana", un amasijo compuesto de Sudamérica, África, Australia, Madagascar, la Antártica y la India. Hace unos 200 millones de años la placa Sudamericana, en cuyo borde occidental se encuentra Lima, se desprendió de la costa de África, para emprender su solitario viaje hacia el Oeste, llevando a cuestras la Flora y la Fauna que había compartido con Gondwana y que aquí evolucionó hacia la característica naturaleza de nuestro subcontinente. Tuvieron que pasar otros 120 millones de años para que los volcanes que emergieron entre el Norte y el Sur crearan el puente que llamamos América Central. Este sirvió para intercambiar

animales y plantas con Norteamérica, la que a su vez, en épocas de glaciaciones, lo hizo con Asia a través del estrecho de Bering. Lo que permitió a nuestros lejanos antepasados pisar tierra americana, hace apenas 20 mil años.

Imaginemos ahora a Sudamérica moviéndose hacia el Poniente a una velocidad de 2.5 centímetros por año arrastrándose sobre la Placa de Nasca, que a su vez se mueve en dirección contraria a 3.5 centímetros. La fricción entre ambas placas levanta los Andes y crea la Fosa Peruano Chilena que corre paralela al litoral sudamericano. Formamos así parte de un sistema vivo llamado “Anillo de Fuego Circumpacífico” que de alguna manera nos hermana con Centro y Norteamérica, las islas Aleutianas, la costa rusa oriental, el Japón, Filipinas y Australia.

Para comprender la mecánica del proceso de creación de nuestro paisaje debemos imaginarnos a Sudamérica como una hoja de papel que empujamos sobre una superficie rugosa. En su extremo occidental se formaría un pliegue. Si insistimos se formaría otro pliegue, paralelo al anterior, y así sucesivamente. Así se están formando las cadenas de la cordillera de los Andes: las más antiguas hacia el poniente y las más jóvenes en nuestra Ceja de Selva. El primer pliegue -en este caso la primera cadena andina- estaría siendo empujada por las más jóvenes hacia la fosa marina, dejándonos apenas las cumbres de sus cerros convertidos en las islas de nuestro litoral. Eso es lo que ha sucedido literalmente entre la Península de Paracas en Ica y la de Illescas en Piura, como se puede apreciar en cualquier mapa del Perú. Si además contempláramos un plano geológico veríamos que las penínsulas mencionadas y sus respectivas prolongaciones, hacia el Sur o hacia el Norte, probablemente tendrían el mismo color, es decir la misma composición geológica, diferente a la de los cerros que hoy nos rodean.

En resumen, al comienzo frente a Lima actual se formó una primera cadena que emergió en el borde occidental del subcontinente. Luego, paralela a ella, surgió otra hacia el Naciente. El espacio entre una y otra, durante antiguas etapas interglaciares, se llenó por sucesivos grandes huaicos debido al deshielo de las nieves que cubrían los Andes en las épocas de glaciación, formándose así los conos de deyección de nuestros tres ríos principales. El número de dichos huaicos se puede contar si se contemplan los barrancos desde cualquier espigón de la Costa Verde para descubrir unas franjas paralelas de arcilla reseca que dividen amplias capas de piedras de cantos rodados. Si además somos acuciosos veremos cómo a la altura de Miraflores las piedras son grandes y conforme nos acercamos a Chorrillos estas se van reduciendo en tamaño. Y a la vez, las franjas de arcilla van ensanchándose hasta dominar el acantilado. Esto último nos confirma que efectivamente Lima está construida sobre un cono, llamado de deyección del río Rímac, que tiene una línea cumbre que va de Vitarte al Parque del Amor de Miraflores. Así, durante los huaicos, el material más pesado, como son las piedras grandes se asentaban en el centro mientras que las más pequeñas, junto con el barro, eran transportadas por el

agua del aluvión hacia los bordes inferiores del cono, es decir hacia Chorrillos en el Sur y La Perla en el Norte.

Al hundirse la antigua cadena montañosa, citada anteriormente, arrastró consigo gran parte del cono de deyección del Rímac dejándonos expuestos los barrancos, así como las islas y el Morro Solar. Esa es la tesis del ingeniero peruano Carlos I. Lissón, aunque el geólogo francés Olivier Dollfus más bien opina que el hundimiento de parte de la cordillera se produjo antes y que el cono de deyección, que se prolongaba unos ocho kilómetros más allá de los malecones que coronan el barranco, fue más bien erosionado durante siglos por la Corriente Peruana, usando al Morro Solar como pivote, hasta llegar al espectacular paisaje de los acantilados actuales. Parte del material extraído de los barrancos fue arrastrado por la misma corriente marina para depositarla en La Punta debido a los remolinos marinos que la presencia de la isla San Lorenzo provocaba. Esta península junto con sus bajos vecinos -incluyendo al Camotal- no se ha unido a la isla por la presencia de lo que los pescadores llaman el boquerón y que no es sino lo que los geólogos llaman anticlinal, es decir el encuentro entre la desaparecida cadena antigua y los cerros que hoy nos rodean.

Como el proceso geológico descrito continúa y continuará desatando todos sus poderes sobre nuestro territorio, no es disparatado pensar que algún día, afortunadamente lejano todavía, se cumplirá la profecía de Santa Rosa y nuestros descendientes verán barcos anclando en la Plaza de Armas. Mientras tanto, con lo descrito anteriormente, tenemos una instantánea completa de nuestro cambiante paisaje con todos sus componentes geográficos en su lugar, aparentemente inamovibles.

Durante los miles de años siguientes -anteriores a la llegada del hombre- la región limeña no estuvo exenta de grandes transformaciones paisajistas. Los permanentes terremotos y la corriente peruana, así como el viento que la acompaña, seguían perfilando los Barrancos y La Punta. Por otro lado las cíclicas apariciones de las vegetaciones de Lomas y los cambios climáticos producidos por el fenómeno del Niño cubrían de verde lo que generalmente era un paisaje desértico. Llegando inclusive, en raras ocasiones, a desarrollar verdaderos bosques de huarangos y algarrobos en los que proliferaba una variada fauna de presas y depredadores.

A la llegada del hombre, hace aproximadamente 14,000 años, se inició una lenta aunque sostenida transformación del paisaje natural. El traslado de los primeros limeños entre las distintas pesquerías de Ancón a Chilca, lugares donde las aguas calmas permitían pescar y mariscar con facilidad, así como el recorrido hacia los puquiales y lomas para proveerse de agua fresca o de proteínas animales y verduras con el fin de complementar una dieta sobre todo marina, marcaron los

primeros caminos que hasta hoy pueden descubrirse en los planos de nuestra ciudad. La abundancia de alimentos disponibles, así como la escasez de agua dulce en la Costa Central, retardó la llegada de la agricultura a la región de Lima, aunque ella seguramente se estaba desarrollando desde los finales de la última glaciación en las áreas lluviosas del Perú, suficiente para desarrollar una incipiente agricultura sin riego.

Es durante el Horizonte Temprano cuando se introduce la agricultura con riego artificial en la Región de Lima, aunque de una manera muy limitada y siempre enmarcada dentro de los espacios cerrados de los complejos arquitectónicos con planta en forma de U. Edificios que Carlos Williams, nuestro recordado antecesor, estudió y difundió. Estas construcciones están siempre estrechamente relacionadas con una fuente de agua, de la cual captaban este vital elemento en base a acequias que entraban por su extremo norte y sangraban el excedente por el extremo sur opuesto del edificio, como se lee claramente en los planos del mencionado arquitecto. De esta manera el río Chillón abastecía de agua a las ruinas de Huacoy, Chocas y El Paraíso; el Rímac a las de La Salina y Pampa de Cueva; y la laguna de Aznapuquio, afloramiento acuífero producido en el encuentro de los conos de deyección del Rímac y Chillón, abastecía a Garagay. La Florida fue un caso excepcional puesto que aprovechaba la humedad de la más grande y duradera área de vegetación de lomas limeña, formada por los altos cerros que rodean la pampa de Amancaes. De igual manera las ruinas de esa época en el valle del Lurín —como Manchay, Mina Perdida y Cardal— también estaban estrechamente relacionadas a su río. La interrelación de estos monumentos, así como su fusión con los caminos más antiguos ya citados, ampliaron la trama vial básica sobre la que se desarrollaría el futuro de toda la región.

Es sólo durante el Intermedio Temprano cuando se produce la Revolución Neolítica en la Región Limeña. Revolución que se desarrolló, de acuerdo con el historiador inglés Arnold Toynbee, de la misma manera que en Egipto, Mesopotamia, India, China y Méjico, aunque en épocas distintas. Es decir, cuando esos pueblos, igual que los limeños, lograron utilizar los ríos que cruzaban áreas desérticas con el fin de conquistarlas para la agricultura, en base a la construcción de canales artificiales que sangraban a dichos ríos. Para lograr esta hazaña, que sigue siendo la obra de ingeniería más importante realizada en la región, se necesitaba de una población numerosa, un plan de acción, un líder que los guiara y una fe muy arraigada. Aquí, este gran paso hacia la civilización se facilitó por la presencia de un delta que se formaba anualmente por lo relativamente plano del terreno sobre el que está construido el Callao, Bellavista, La Perla y La Punta, al no pertenecer al cono de deyección del río Rímac. Esto se constata fácilmente en los planos topográficos de dichos distritos.

Los pobladores que vivían al borde de ese delta, en el actual Parque de las Leyendas o en la desaparecida “Chacra Alta”, que hoy es parte de la Urbanización Maranga, no hicieron sino copiar a la naturaleza e ir río arriba en busca de un sitio apropiado para iniciar un canal semejante a los que veían en el delta. El lugar escogido quedaba exactamente en la parte posterior del actual Palacio de Gobierno, donde hasta hace pocos años existía la bocatoma del río La Legua-Maranga-Magdalena. Luego, más arriba y en este orden, se construyeron los canales del Huatica, Surco y Ate, sobre la margen izquierda del río, así como los de Bocanegra, Piedra Liza y Lurigancho en la orilla opuesta. Otro tanto se desarrollaba a lo largo de los ríos Chillón y Lurín, creándose paulatinamente un área de cultivo de cerca de 50,000 hectáreas que transformaron profundamente el árido paisaje y pudo alimentar a una población de más de 250,000 limeños, durante aproximadamente 23 siglos.

Los constructores de los canales de riego tuvieron que dividir los terrenos agrícolas en unidades de riego, puesto que esas acequias no tenían la suficiente capacidad como para regar toda el área cultivada simultáneamente. De ahí nació un complicado sistema horario para repartir el agua equitativamente entre todas ellas, base de todos los “Reglamentos de Agua” que se utilizaron durante el Virreinato hasta mediados del siglo pasado. A la llegada de los conquistadores a estas unidades se les conocía con el nombre quechua de chácaras que se tradujo a chacras, luego como fundos o haciendas para convertirse por último, durante el siglo XX, en urbanizaciones que agrupadas formaron nuestros actuales distritos. Algunos de ellos aún llevan el nombre de una de esas unidades de riego originales, tales como Ate, Carabaylo, Comas, Lince, Surquillo, Surco, Lurigancho, Chaclacayo y Lurín. Otras se rebautizaron con nombres religiosos como San Borja, San Isidro, San Miguel, Santa Anita, San Luis, Jesús María y San Juan de Miraflores. E inclusive algunos llevan el nombre de algún elemento paisajista, como Barranco o Chorrillos. Así podemos asegurar que la división territorial realizada por esos antiguos limeños ha trascendido al tiempo y subsiste en la división política de la actual metrópoli. Además como cada canal de regadío estaba acompañado por un camino de acceso, útil para su mantenimiento, éste se sumó a la trama preexistente formando la red vial básica de la Lima actual.

Alrededor del lugar desde donde se controlaba el reparto del agua de los dos canales más antiguos se desarrolló una población de 20,000 habitantes, según las probanzas de Gonzalo de Lima realizadas en 1555 y 1559 y publicadas por María Rostworowski, distinguida numeraria de esta Academia. Los españoles lo llamaron el Asiento del Cacique de Lima. Hoy lo denominamos Centro Histórico o impropriamente Damero de Pizarro, puesto que dicha cuadrícula quedó incompleta y más bien tuvo que acomodarse a la trama urbana preexistente que ya tenía miles de años de existencia.

La experiencia adquirida por la sucesiva conquista del desierto para la agricultura por medio de la construcción de los canales en forma progresiva, desde el Callao hacia las estribaciones de la Cordillera de los Andes, produjo siempre cambios en el trazo de los canales más antiguos. El más notable de ellos se realizó luego de la construcción del canal de Surco, sin lugar a dudas la mejor obra hidráulica del valle del Rímac. Originalmente, su antecesor, el Huatica, se construyó desde el inicio del jirón Huánuco, en el Centro Histórico, hasta irrigar las tierras de Armatambo en Chorrillos. Posteriormente la construcción del canal de Surco obligó paulatinamente al Huatica a abandonar muchas de las tierras por él conquistadas, debido a la evidente superioridad técnica del Surco. Para poderlo hacer los agricultores torcían el curso del Huatica hacia el mar y “jalaban” canales desde el Surco. Como este proceso se hizo por etapas, el desvío de sus aguas hacia el Océano produjo, debido a la erosión, la bajada de Chorrillos, luego la de Barranco, después la de Armendáriz y por último la de Miraflores. Estas “bajadas” permitieron acceder con facilidad a las playas para pescar, mariscar y recoger agua filtrada de los “chorrillos” que abundaban en la parte baja de los barrancos. Así nacieron asentamientos humanos en la cabecera de estas bajadas que con el tiempo se desarrollaron en poblaciones que se comunicaban fácilmente con el resto de la región por medio de las múltiples vías de comunicación ya existentes.

Como para reconstruir este proceso no existen documentos escritos se ha tenido que recurrir a un detallado análisis de los planos topográficos y geológicos no clasificados e inéditos que existen en los depósitos de la Biblioteca Central de la Universidad Nacional de Ingeniería. Valioso archivo de material técnico, fruto de las donaciones de muchos ingenieros investigadores y de millares de tesis de grado. También se analizó obviamente los trabajos de los arqueólogos que han estudiado la región limeña, muchos de ellos han formado parte de esta Academia, incluyendo los actuales destacados profesionales Duccio Bonavia Berber y Federico Kauffmann Doig.

Los canales de regadío lograron una transformación radical del paisaje árido preexistente. Toda la región se convirtió en un bucólico espacio agrícola con caminos que comunicaban las distintas parcelas agrícolas con los poblados existentes. La cultura Huari, durante el Horizonte Medio, introdujo algunos cambios al desarrollar el Templo de Pachacámac, como principal santuario de la región, y el conjunto de Cajamarquilla. Dos nuevos polos importantes que obligaron a agregar a la trama vial existente tramos para su acceso. Por su parte los Incas dejaron prácticamente la distribución territorial de la región intacta, salvo que acondicionaron la ruta existente entre Pachacámac y Ancón para que formara parte de su gran camino costanero, que los españoles llamaron de los Llanos.

Por su parte la fundación española de la Ciudad de los Reyes apenas alteró la trama existente al sobreponerle la cuadrícula diseñada por Diego de Agüero. La alteración se produjo solamente en la zona que hoy llamamos Centro Histórico, mas no en el resto de la región que los conquistadores dejaron intacta. Inclusive en dicho centro apenas llegaron a implementarse 63 manzanas de las 117 propuestas por el fundador, las que rápidamente se entrelazaron con las vías principales preexistentes, tales como los jirones Ancash, Junín, Quilca, Huánuco, el Camino de los Incas y los espacios urbanos de Cinco Esquinas, así como las plazas Italia (Santa Ana) y del Congreso. Para sustentar parcialmente nuestras afirmaciones existen afortunadamente fotografías aéreas tomadas por Elmer Faucett en 1924, que muestran todavía el camino incaico entre la Plaza Francia y la intersección de los jirones Moquegua y Cañete, inicio de Malambito, una de las tantas rutas de acceso al Callao.

Durante el gobierno del virrey Francisco de Toledo hubo otras pequeñas variaciones al crearse las reducciones indígenas de Carabayllo, Lurigancho, Ate, Surco, Magdalena, Lurín y Pachacámac, así como el Cercado en los Barrios Altos. Como la mayor parte de ellas se hicieron en la intersección de vías más antiguas, en forma de cuadrículas propuesta por Juan de Matienzo en su obra "Gobierno del Perú", el sistema vial regional no sufrió mayores alteraciones. Aunque sí significó el abandono de algunos poblados indígenas preexistentes, por lo que varias vías importantes dejaron de serlo y otras en cambio se volvieron significativas. El gobierno virreinal siguió usando las vías que dejaron nuestros antepasados prehispánicos y apenas en 1799, durante el gobierno del virrey Ambrosio O'Higgins, agregaron la carretera del Callao (actual Av. Colonial), para unir en línea recta el Centro de Lima con el Callao, donde adquiere el nombre de Sáenz Peña. Por lo demás durante los últimos años del Virreinato y los primeros de la República no se alteró en absoluto el paisaje natural y urbano de la región.

La inauguración de las líneas férreas para unir el Cercado con el Callao en 1851 y su prolongación a La Punta en 1864; con Chorrillos en 1858, incluyendo paraderos en Miraflores y Barranco, así como con San Miguel y Magdalena en 1875, trajo a los limeños la posibilidad de trabajar en el Centro y vivir en cualquiera de esas localidades, donde el costo de vida era muy inferior. Esto produjo una explosión urbanizadora que sacrificó muchas de las unidades de riego que tanto esfuerzo habían costado a nuestros antepasados. Aún impactó mucho más la inauguración de las líneas de tranvía a dichas localidades a partir de 1906, coincidentemente con la llegada de los primeros automóviles y buses; puesto que la frecuencia de los viajes de los tranvías era de 20 minutos a cambio de los ferrocarriles que realizaban apenas cuatro recorridos por día. A partir de esa época la tendencia urbana fue la de ir unificando el Centro Histórico con los demás núcleos urbanos

en base a corredores viales tales como las avenidas Brasil (o de la Magdalena), Arequipa, Progreso (Av. Venezuela), Javier Prado y La Marina. La fusión urbana, en base a estos nuevos ejes, se produjo alrededor de 1945 formando continuos urbanos a lo largo de ellos, dejando aún áreas de cultivo entre ellas. A finales de los años 50 se terminó de rellenar esos vacíos y se empezó a urbanizar los fundos del otro lado del Paseo de la República, antiguo Camino de los Incas, hasta llegar a los cerros que rodean a La Molina y Surco. Así poco a poco se urbanizaron las antiguas unidades de riego hasta cubrir todo el espacio agrícola disponible con lotes unifamiliares de muy baja densidad.

A pesar de que los primeros barrios populares, que se asentaron en áreas desérticas, en quebradas no cultivadas o en las faldas de algunos cerros, se iniciaron durante los años 20, su progreso fue bastante lento hasta volverse explosivo en los años 40, en la misma época en que se produjo la fusión urbana antes mencionada. En la práctica el crecimiento acelerado de la ciudad se realizaba de forma formal, es decir en base a licencias de construcción, en las áreas tradicionales, e informalmente en el desarrollo de los asentamientos populares, que fueron ignorados por los primeros durante muchos años, a pesar de que poco a poco se convirtieron en las áreas mayoritarias y más progresistas de la ciudad.

Hoy el paisaje urbano de la tres veces coronada villa sigue cambiando aceleradamente debido sobre todo al indetenible crecimiento de su población. Cada año, descontando muertes y nacimientos, se suman alrededor de 160,000 limeños adicionales a la población de la urbe. Cifra que representa alrededor de cien familias nuevas cada día, que necesitan viviendas, pistas, veredas, agua, desagüe, electricidad, colegios y mercados, además de centros de trabajo. La mayor parte de ellos se asientan en los límites exteriores de los conos e inician la construcción de sus viviendas en un proceso que dura entre 35 y 40 años. Comienzan con una sencilla choza de esteras, para terminar, tras muchos esfuerzos, en una construcción de ladrillo y concreto imitando estilos arquitectónicos de las llamadas áreas residenciales.

Este incontenible crecimiento ha producido el cierre total del cinturón de los conos alrededor de la llamada área formal de la Metrópoli. Desde hace unos diez años dicha área no tiene forma de expandirse y, por lo tanto, la única forma de crecer es hacia arriba. Su acelerado crecimiento ya no solamente se debe a su impulso demográfico interno o a la llegada de clases medias provincianas, sino sobre todo, a la mudanza de las familias exitosas de los barrios populares. Todo esto explica la acelerada transformación de barrios que hasta hace poco eran apacibles agrupamientos de viviendas unifamiliares en conjuntos de estrechas calles que poco a poco se están poblando de edificios multifamiliares, a pesar de que dichas calles no están preparadas para recibir a esta creciente población.

Si el crecimiento urbano sigue en la forma descrita nuestros nietos verán poblarse los barrancos con edificios que además defenderán su constante erosión, la isla San Lorenzo, en base a un puente desde La Punta, así como las faldas de los cerros, como ya se ha iniciado en algunas zonas de La Molina y, por último, verán demoler los edificios de 4 a 6 pisos, en construcción actualmente, para ser reemplazados por torres 4 o 5 veces más altas.

Hemos pasado revista a la evolución de nuestro entorno paisajista, desde la formación geológica de sus principales elementos componentes, hasta la actual urbe de compleja arquitectura que no cesa de crecer e inclusive proyectándonos al futuro. Lima es pues en esencia un organismo vivo que afortunadamente nos ha dejado aunque sea unos cuantos retazos de cada una de sus etapas de desarrollo. Valioso patrimonio que tenemos la obligación de respetar y preservar.

Muchas gracias.